

tonina exclamando que le debe su salvacion y quiere ser su fiel servidor; ella restablece su valimiento y hace que se le devuelva el mando; despues el esclavo del emperador y de una mujer que se burlaba de él se convierte en un héroe, conquista reinos y se niega á aceptar una corona.

No por esto se libró de las sospechas de Justiniano, ni de las envenenadas sugerencias de los malévolos que le presentaban como dispuesto á aprovecharse del favor popular. Cuando Belisario volvió victorioso de los búlgaros se le acriminó por la alegría de los ciudadanos á quienes acababa de salvar, alegría que fué la única pompa de sus triunfos. Sin siquiera darle gracias, le mandó el emperador retirarse á sus hogares. Habiendo poco despues estallado una rebelion contra Justiniano (563), se supuso que Belisario habia tomado parte en ella, pues debia estar descontento; fué en su consecuencia despojado de su autoridad, honores y riquezas.

No tardó en disipar cualquiera sospecha que pudiera haber pesado sobre la inocencia del anciano, que no podia tener el pensamiento de apoderarse siendo ya septuagenario, de lo que no habia admitido en el vigor de la edad y en medio de sus mejores hazañas. Se le reintegró, pues, en sus propiedades; pero no sobrevivió más que ocho meses á esta reparacion. Despues de su muerte, el fisco se apoderó de sus bienes, excepto de una parte, que se le dejó á Antonina, la cual la empleó en fundar un monasterio, donde se retiró á acabar sus dias.

Queriendo un escritor bien posterior encontrar en Belisario un nuevo ejemplo de los caprichos de la fortuna, dice que fué privado de la vista y reducido á mendigar un óbolo, vagando sin asilo entre los pueblos á quienes su espada habia defendido ó espantado.

Cuanto más envejecia Justiniano, más se manifestaba su debilidad natural; se verificaban rebeliones continuas entre la soldadesca, y conflictos entre los verdes y los azules, entre los herejes y los ortodoxos. A aquellos desórdenes se unieron desastres no ménos enojosos; reprodujéronse los temblores de tierra casi annualmente, y uno de ellos hizo experimentar por espacio de cuarenta dias sacudimientos en Constantinopla (526), doscientas cincuenta mil

personas perecieron, segun dicen en el de Antioquia (551); Beritha fué sepultada.

Una epidemia hizo tambien grandes estragos (542), procedente del Egipto ó de la Etiopía, invadió la Palestina, despues todas las comarcas de los alrededores, cebándose cruelmente sin distincion de tiempo, clima, condicion ni edad; quedó triste memoria de ella por haber venido acompañada de exantemas particulares que los escritores llaman *variolas*, y que, sobre todo, se desarrollaban en los niños. Toda el Asia y el Continente europeo tuvieron que sufrirla varias veces. Despobló este azote en Italia ciudades enteras hasta el punto de que no se encontraban sino perros por las calles y de que no se veia en el campo más que rebaños sin pastores. En sesenta años la sufrió Antioquia cuatro veces. Empezaba el mal por rubicudez en los ojos, por hincharse el rostro ó por una angina, ó por flojedad de cuerpo, y en seguida aparecian los bubones. Algunos de los enfermos atacados de un delirio espantoso, y otros conservaban su razon hasta el último momento. Se pretendió que en Roma se notaban manchas en los vestidos y en las casas antes de que el mal apareciera. Los que fueron atacados de él en Constantinopla se creian perseguidos por fantasmas; cuando despues aparecian los bubones, pronto producian la gangrena, y con ella la muerte en medio de terribles convulsiones. Por espacio de tres meses la epidemia se llevó de cuatro á diez mil personas diarias en esta capital. Como faltasen sepulturas, descubrieron las torres de las murallas, y despues de haberlas llenado de cadáveres las volvieron á cerrar. Mas habiendo infestado el aire las exhalaciones, se cargaron aquellos restos humanos en barcos que fueron á arrojarlos á lo lejos en alta mar.

Si se dá crédito al arbitrario y probablemente exagerado aserto de Procopo, cien millones de hombres murieron de esta manera.

No se libró de la enfermedad Justiniano; pero una rigorosa dieta le salvó la vida (561). Entonces, como si se fastidiasen de que tardase tanto la tumba en guardarlo en su seno, trataron de asesinarle, aunque la vida de los conjurados pagó por la suya. Una muerte repentina, aunque natural, le hirió despues de un reinado de treinta y nueve años. Tanto en

su carácter como en su gobierno, ofreció una mezcla de bien y de mal. Con una estatura mediana, los ojos vivos, el semblante alegre, los cabellos escasos y la barba cortada á la romana, se vestia á estilo de los bárbaros, comia y dormia poco para estar dispuesto á la lectura y al despacho de los negocios. Mientras duraba la cuaresma no tomaba alimento más que cada dos dias, y éste eran yerbas sin cultivo, sazonadas sin sal. Por confesion de su mismo detractor, era de fácil acceso, afable en su modo de responder, paciente en escuchar, y siempre estaba prevenido contra las pasiones, á las cuales se entregan fácilmente los que pueden lo que quieren. Si no mandó en persona sus ejércitos, tuvo la habilidad muy importante en un rey de elegir bien sus generales. Sospechó de sus más fieles servidores, y supo perdonar á quien maquinó en contra. Avido de toda clase de gloria, quiso ser poeta, arquitecto, músico, legista, teólogo, pero fué más que mediano en las artes y en las ciencias. Aunque parecia que queria protegerlos, persiguió á los filósofos; cerrando la escuela de Atenas, interrumpió la *cadena de oro*, de los neoplatónicos.

Se vió precisado á obrar de esta manera por la religion, en la que se mostró más devoto que prudente, persiguiendo no tan solo á los astrólogos, á los blasfemadores, á los impúdicos, sino tambien á los arrianos en Constantinopla, y á los montanistas en la Frigia; tal vez queria solamente que sus bienes fuesen devueltos al fisco. Algunos fingieron convertirse, otros se dieron muerte. Setenta mil idólatras se bautizaron en la Frigia, la Lidia y la Caria. El emperador proporcionó el dinero suficiente para construir noventa y seis iglesias á los neófitos y para proverles de biblias, liturgias, vasos y telas de lino. Se precisó á los judíos á que celebraran las Pascuas el mismo dia que los cristianos; habiéndose sublevado los samaritanos por no recibir el bautismo, se les dió muerte, ó fueron vendidos á los persas y á los indios.

Despues de haber perseguido á aquellos á quienes estraviaba la fé, el mismo Justiniano cayó en error. Refugiado Juliano de Halicarnasio, obispo monofisita, en Egipto, afirmó que el cuerpo de Jesucristo, desde el momento

de la concepcion, no habia estado sujeto á ninguna alteracion ni corrupcion. De aqui resultaron disensiones. A los que sostenian la opinion contraria, se les llamó *phthartolatrias*, ó adoradores de la corrupcion; y *phantasiastas* fué el nombre que se dió á los otros, que afirmaban que Cristo no habia padecido sino en la apariencia. Agitábase la cuestion hacia ya tiempo cuando á Bustiniano se le ocurrió pronunciarse en favor de los últimos y quiso obligar á sus súbditos á que creyesen en este sentido. San Nicolás, obispo de Tréveris, le replicó escribiéndole que la Italia, el Africa, la Galia y la España, resonaban de anatemas contra su doctrina; pero él persistió en ella, entregándose á una intolerancia llena de orgullo y de prodigalidades desastrosas.

Mucho le debieron las bellas artes, y el templo de Santa Sofía es un monumento eterno de su magnificencia. Mandó construir otras veinticinco iglesias en Constantinopla y muchos acueductos. Asombra leer en Procopo la descripcion de todas las obras públicas ejecutadas de orden suya; el mismo autor añade, que no hubo una sola ciudad de sus estados donde no erigiera algun suntuoso edificio, ninguna provincia donde no alzara una ciudad, alguna fortaleza ó algun castillo.

En la plaza, y delante de la puerta de Santa Sofía, se veia la estatua del emperador á caballo, armado como Aquiles, sosteniendo un globo en su mano izquierda, con la derecha extendida hácia el Oriente y en ademán de amenazar á los persas. Pesaba siete mil libras, y para hacerla se habia fundido una antigua estatua de Teodosio, añadiendo á ella el plomo de un acueducto.

El 29 de Mayo de 1453, colocaron los turcos bajo los pies de aquel caballo, la cabeza del último representante del imperio; luego el coloso fué convertido en cañones, prontos á ser asettados contra la civilizacion europea.

Otra gloria pacífica señaló el reinado de Justiniano. Hasta entonces se habia sacado de pais de los seres la seda, cuya naturaleza se ignoraba completamente, pues unos creian que era la pelusa de alguna planta, otros una tela de araña. Su comercio se hacia solamente por las caravanas de la India y de la Persia. Lo largo del viaje y el monopolio hacian las telas de

seda tan costosas, que se vendian en Roma á precio de oro; habia hecho de necesidad este género el lujo que habia ido allí en aumento; deshilaban las mujeres el tejido de la India para hacer uno más ligero, cuya transparencia revelaba sus encantos; segun el ejemplo dado por Heliogábalo, hasta los hombres la usaban para sus vestidos.

De consiguiente todos los años pasaba una enorme suma del imperio á Persia para ser trocada por seda, y de buen grado hubieran eludido los emperadores aquel tributo, especialmente cuando se hallaban en guerra con los persas.

Una casualidad les proporcionó el medio de lograrlo. Dos misioneros fueron llevados por su celo al país de los seres, observando allí todas las cosas como no siempre lo hicieron sus semejantes; á prendieron á conocer el insecto industrioso y los procedimientos empleados para utilizar la materia que suministraba. Habiendo sido informado de ello Justiniano, fueron alentados á robar los huevos, y lo consiguieron con la ayuda de una caña en que ocultaron cuantos les fué posible proporcionarse. De aquí han nacido todos esos millares de gusanos de seda que forman en la actualidad una considerable fuente de riquezas en Europa. Así introdujo este emperador en sus estados un género de cultivo que debía tener mayor y más duradero influjo que sus conquistas y sus leyes. Inmediatamente fué plantado el Poloponense de moreras, á las cuales debió el nombre de Morea. Las fábricas establecidas para trabajar la seda disminuyeron, si no hicieron cesar completamente la necesidad de recurrir al extranjero.

Cuando en el año de 1018 sometieron los venecianos á la isla de Arbo, en las costas de la Dalmacia, la impusieron la obligacion de pagarles anualmente algunas libras de seda, ó de no ser así un peso igual de oro puro. Posteriormente se aumentó esta industria cuando Roger de Sicilia trasladó el cultivo de la morera á Italia, donde se inventaron los tornos para hilar, y donde esta especie de fabricacion llegó á ser una de las principales fuentes de la riqueza nacional juntamente con el tejido de las telas de lana.

CAPITULO III.

Los visigodos.

El nombre de los godos, que expresaba en Italia la destruccion y la barbarie, era repetido en España por sus naturales con cierta especie de complacencia natural, si bien acaeció esto cuando los grandes desastres experimentados bajo la dominacion árabe les hicieron echar de ménos á los conquistadores de la raza germánica. Despues de haber sometido Wala los diversos Estados que se habian formado en España, fundó el reino de los visigodos, cuya capital fué Tolosa. Teodorico, su sucesor, tornó á pasar los Pirineos para reducir nuevamente á obediencia á los alanos, á los suevos, á los vándalos, que habian alzado otra vez la cabeza. Venció en Chalons á Atila, á quien éstos últimos habian llamado en contra suya, si bien perdió la vida en la batalla.

Turismundo, su hijo, fué asesinado al poco tiempo por Teodorico II, su hermano, quien le sucedió en el trono. Este principe se mostró humano y dotado de carácter noble: observador de las prácticas religiosas, segun los arrianos, administrando justicia y concediendo fácilmente audiencia, se entregaba asiduamente á las ejercicios corporales; era sóbrio en la comida y afable con sus amigos. Los suevos, que, despues de la partida de los vándalos, se habian establecido en la Galia, aspiraban á la posesion de toda la península, lo cual habia determinado á los emperadores romanos á enviar tropas para contenerlos. En su consecuencia Teodorico declaró la guerra á Rechiaro, su rey, su cuñado, y pasó los Pirineos con los suyos, á quienes se habian incorporado los francos y los borgoñones; pero se habia convenido en que las conquistas que hiciera más allá de los montes le pertenecerian exclusivamente. Entró victorioso en Braga, capital de los suevos, y sin abrumar á los vencidos con la matanza y la deshonra taló el país, hizo dar muerte á Rechiaro, que habia caido prisionero, y luego se adelantó hasta Mérida; aunque procedia en nombre de emperador, sólo pensaba en adquirir para sí propio.

El obispo Sidonio Apolinario, á quien restituyó su patria y su silla, entonó sus alabanzas,

y en una carta que escribia desde Narbona á su cuñado Agrícola, se explica de este modo. «Este principe fué colmado por la voluntad de Dios y por la naturaleza con tantos dones que ni aun la misma envidia podria negarle elogios. Sus cabellos caen sobre su frente como una sabinilla redonda; tiene espesas las cejas, largas las pestañas, la nariz graciosamente aguileña, delgados los labios, pequeña la boca, blancos y muy iguales los dientes; cuida de que le corte el barbero los pelos que nacen dentro de las narices, y de que le afeite su barba hasta las sienas, dejando tan sólo crecer dos mechás. Tiene la tez blanca, sonrosadas las mejillas, ancha espalda, delgado talle, vigoroso muslo, pierna nerviosa y pié estrecho;» cualidades que, al decir del poeta, debian hacerle pasar por ménos bárbaro á los ojos de los romanos, tan envanecidos con su refinada elegancia. Proseguia en esta forma: «Sale el principe antes de despuntar el día con una comitiva escasa para asistir á las reuniones matinales de sus sacerdotes. Ora en voz baja con mucha exactitud, áun cuando se observe que lo hace más que por religion, por costumbre; ocúpase en administracion el resto del día. El conde escudero permanece detrás de su silla; se hace entrar á guardias vestidos con pieles á fin de que se hallen presentes, si bien para que no sean molestos, se les insinua que se alejen algo fuera de las cortinas, dentro de las balaustradas, donde charlan cuanto quieren delante de las puertas. Entonces son introducidos los enviados de las naciones, y escucha atentamente; luego responde con brevedad. Si el asunto requiere ser examinado, lo dilata; si exige celeridad, apresura su despacho. Se levanta á la hora segunda, inspecciona sus tesoros y sus caballerizas. Si ha dispuesto una caza, se pone en movimiento; no pareciéndole conveniente que un rey suspenda el arco á su lado, cuando vé un ave ó un bruto tiende la mano detrás de sí, y un paje le presenta su arco con la cuerda colgante, pues le parecería proceder como una mujer recibiendo totalmente tendido... Pregunta donde quieren que dé el tiro, y á menudo su flecha se engaña ménos que sus ojos.»

Distingúanse sus comidas por lo sencillas; en ellas la conversacion era grave, y allí se reunian á un mismo tiempo «la elocuencia

griega, la abundancia gala, la prontitud italiana, el aparato de una representacion, el esmero de una mesa particular, un órden régio. Despues de comer se duerme, lo cual no dura más que un instante. Llegada la hora del juego coge con presteza los dados, los examina atentamente, los meneas con ligereza, los tira resueltamente, los anuncia con vivacidad, los espera con paciencia. Calla cuando la suerte es propicia, se rie cuando es contraria, no se enoja nunca y toma el azar á lo filósofo. No da muestras de temer ni de exigir un desquite, descuida las ocasiones que se ofrecen, es superior á los contratiempos, pierde sin turbarse, gana sin dar zumba; y de tal modo es vencer su único pensamiento, que cuando juega no parece sino que da una batalla. Deponiendo entonces algo de su gravedad régia, invita á jugar alegremente de igual á igual; teme causar molestia; le complace ver á su adversario conmovido, y al reparar en su tristeza juzga que le ha cedido el triunfo por lisonja. A eso de la hora nona vuelven á empezar las tareas del día y la afluencia de gente de negocios, que no se disipa hasta que se anuncia la hora de la cena; entonces se dirigen á casa de los cortesanos, donde cada cual vela al lado de su señor hasta media noche. Algunas veces por extraordinario son admitidas las futilidades de los mimicos, sin que á pesar de todo pueda ninguno de los convidados ser blanco de sus epigramas. Nada de órganos hidráulicos, ni de cantos estudiados, ni de tocar de cítara, ni de músicos, ni de cantores, porque el soberano no gusta más que de las armonías que recrean el alma tanto como el oido. Cuando se levantan de la mesa, los custodios del tesoro comienzan las veladas nocturnas y permanecen armados á la puerta del palacio durante las horas del primer sueño.»

De esta suerte aspiraba el poeta á acostumbrar á los galos á la dominacion de los visigodos, á lo cual propende muy especialmente aquella alusion á la poca devocion de Teodorico, quien se mostraba arriano por costumbre y no por convencimiento. «Veo en la córte, añadia Sidonio, al sajón de ojos azules respetar las playas de un rey que no tiene naves, si bien no teme las escuadras del mar extenso; el viejo sicambro, rapado despues de su derrota, deja de nuevo crecer su cabellera; el hérulo,